OCHENTA AÑOS ATRÁS: GAUGUIN

Por Lácides Martínez Ávila

El viernes 8 de mayo de 1903, poco antes del mediodía, un pastor protestante encontró muerto en su palafito de la isla de Tahití, a Paul Gauguin, aquel pintor francés de la última mitad del siglo XIX que, rechazando la civilización de su época, buscó las fuentes de su arte en las culturas primitivas, apartándose, en virtud de ello, de la reinante corriente impresionista.

La vida de Gauguin se desarrolló plagada de penurias económicas, pese a que, durante ciertos pasajes de aquélla, disfrutó de algunas comodidades, provenientes de herencias.

Por ser su abuela materna peruana, viajó, recién nacido aún, al país incaico, de donde regresó a Europa a la edad, de siete años. En el Viejo Continente, y luego de prestar el servicio militar, obtuvo un empleo en una agencia de cambio; se casó con una holandesa, y alternaba las funciones de su cargo con la actividad pictórica y aun con la escultórica.

Cuando la crisis financiera que afectó a Francia en 1883 ocasionó su despido del empleo que tenía, Gauguin pudo dedicarse enteramente a su arte, pero, al mismo tiempo, este hecho lo llevó a una situación económica demasiado precaria, hasta el punto de que se vio obligado a llevar a su esposa y a sus cuatro hijos para Copenhague, a casa de los padres de ella, donde los dejó para volverse él a Francia, con la esperanza de alcanzar el éxito como artista.

En París le siguió yendo mal, por lo que decidió trasladarse a la población de Pont-Aven, centro artístico próximo al mar. Allí consiguió cierto prestigio local, pero su situación económica no dio señal alguna de mejoramiento. Por aquel entonces, le escribió a su esposa, diciéndole: “Se me considera el máximo pintor de Pont-Aven; es verdad que esto no me proporciona un céntimo más, pero quizá me prepara un porvenir (...). Con este oficio no engordo. Ahora peso menos que tú: vuelvo a estar se como un arenque, pero en cambio rejuvenezco”.

Cada vez más se alejaba de la línea de los impresionistas, a los que inicialmente había admirado, sobre todo a Cézanne y a Pissarro. Abandonó la técnica luminística e incorporó a sus cuadros los colores fuertes, delineando las figuras con negro, tonalidad que tanta aversión causaba en los impresionistas. Sentó las bases del grupo conocido como los *nabis* (profetas), y centró su interés en las civilizaciones antiguas y remotas. Dio origen, así, a su denominado “arte sintético”.

En busca de motivos primitivos, viajó a América, donde su falta de recursos lo obligó a trabajar como obrero en la construcción del Canal de Panamá. Vuelto a Francia, obtuvo del gobierno un nombramiento en una misión cultural para Tahití, hacia donde, sin vacilar, emprendió viaje.

En aquella isla oceánica, se hizo prontamente amigo de las tribus nativas, entre las que convivió hasta el final de sus días. Se hizo construir, inclusive, una vivienda sobre maderos, en la que lo sorprendería la muerte. Este período de la vida de Gauguin es reflejado en gran parte de sus obras, las cuales suelen mostrar indígenas de a caballo y paisajes selváticos.

Entre las obras de este pintor, figuran: un *Autorretrato*, destinado a decorar una fonda en Pouldu; *Cristo amarillo*, *Cristo verde*, *Mujeres tahitianas sentadas en un banco* o *El mercado*, "*Ana la javanesa*", "*Natividad*", "*Maternidad*", "*Mujeres y caballo blanco"*, "*Jinetes en la playa*" y otras.

Diario del Caribe (Barranquilla),
8 de mayo de 1983